

**T** EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS



# TODOS MIS AMIGOS SON SUPERHÉROES

EDICIÓN DÉCIMO ANIVERSARIO

Andrew Kaufman

Con ilustraciones de Marc Torrent

Traducción de Diego de los Santos



Título original:

*All My Friends Are Superheroes: Tenth Anniversary Edition*

© Andrew Kaufman, 2003

Originalmente publicado por Coach House Press.

Derechos de traducción cedidos a través de Sandra Bruna  
Agencia Literaria SL.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

De la traducción:

© Diego de los Santos Domingo

Parte de esta traducción ha sido cedida por Editorial Planeta, S. A.

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Imagen de cubierta:

Marc Torrent

Maquetación:

David Anglès

Impreso en España

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-16142-19-4

Depósito legal: M-14490-2015

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

*Para Marlo*



## Sala de embarque

Tom y la Perfeccionista están sentados en la sala de embarque de la puerta 23, terminal 2, del Aeropuerto Internacional Lester B. Pearson. Son las 10.13 de la mañana. Tom observa a la Perfeccionista mientras esta comprueba la dirección que figura en su equipaje de mano y coloca de nuevo la etiqueta en su sitio. Es la tercera vez que lo hace. La Perfeccionista recorre la sala de espera con la mirada. Hay más gente que asientos; no entiende por qué nadie ha ocupado la silla vacía que tiene a su derecha.

La silla que tiene a su derecha no está vacía; Tom está sentado en ella. Para la Perfeccionista, Tom es invisible. Tom lleva intentando convencerla de que no lo es desde el 14 de agosto, el día de su boda. Le ha hablado en susurros y le ha gritado, la ha llamado por teléfono y le ha enviado faxes, telegramas y correos electrónicos. Sus amigos comunes han intentado convencerla de que Tom no es invisible. Ellos sí que pueden verlo; ella, no. Tom solo es invisible para la Perfeccionista.

Faltan quince minutos para el embarque del vuelo AC117 con destino a Vancouver. La Perfeccionista no tiene ni idea de que Tom está a su lado. Él le toca la nuca y a ella

le da hipo. Siempre que Tom le toca la cabeza, a ella le da hipo. Si le toca la pierna, le provoca espasmos musculares. Si le toca la espalda, estornuda. Tom aparta la mano y la deja reposar sobre la rodilla. A la Perfeccionista se le corta el hipo.

Su relación nunca ha sido fácil. La Perfeccionista es una superheroína, y el origen de su poder es su necesidad de poner orden. Para ella, poner orden es algo tan necesario que puede lograrlo solo con desearlo. Tom no es un superhéroe, aunque la Perfeccionista no es la primera superheroína con la que ha salido.

Su primera novia con superpoderes fue Algún Día. Era pelirroja, de complexión robusta, y tenía dos superpoderes: una asombrosa habilidad para pensar a lo grande y una capacidad ilimitada de procrastinar. Algún Día nunca había usado sus superpoderes combinados hasta una mañana de domingo, cuando Tom y ella llevaban tres meses saliendo juntos. Estaban tumbados en la cama y Algún Día estaba mirando al techo.

–Imagínatelo –dijo ella.

–Hmmm –respondió Tom, besando el hombro lleno de pecas de Algún Día.

–Nos casaremos, compraremos una casa y tendremos niños... –Tom dejó de besarle el hombro y de mover los dedos. Se oyó el zumbido del frigorífico-. Algún día –se apresuró a añadir.

Nada más decirlo, se hizo más pequeña. Aquello empezó a pasar constantemente.

–Voy a pintar el cuarto de baño... –decía.

–¡No lo digas! –gritaba Tom.

–... algún día –añadía Algún Día. Y se hacía aún más pequeña.

Cada vez que Algún Día usaba sus superpoderes combinados, encogía, y cada vez que encogía, encogía un poco más. En marzo, cuando se conocieron, Algún Día medía 1,62 metros. En mayo medía 1,41. A finales de agosto medía algo más de tres centímetros. En octubre ya dormía en el tapón de un bote de aspirinas, sobre un algodón.

Tom la vio por última vez en diciembre, y para verla tuvo que usar un microscopio. Allí estaba, junto a una mota de polvo.

–¡Te echo de menos! –le dijo Tom.

–Algún día dejarás de echarme de menos –respondió ella. Y desapareció.

La segunda novia con superpoderes que tuvo Tom fue la Chica de la Tele. Ya de pequeña, a la Chica de la Tele le encantaba ver la tele. Sentía una empatía por la gente de la tele que no le despertaba la gente del mundo real. Veía tanto la tele y le importaba tanto la gente que desfilaba por la pequeña pantalla que su vínculo con la tele se convirtió en algo biológico. Empezó a llorar televisores. Cuando la Chica de la Tele estaba triste, le resbalaban por las mejillas unos televisores diminutos.

Tom no se portó demasiado bien con ella. Como no tenía televisor, iba a casa de la Chica de la Tele y la trataba mal por el simple placer de verla llorar.

En su propio banquete de boda, a Tom le presentaron a Chico Culebrón. Él no sabía que Chico Culebrón era el hermano mayor de la Chica de la Tele y le ofreció la mano para estrechársela. Chico Culebrón le dio un puñetazo en toda la boca.

–¡Es mi hermana, tío! –dijo Chico Culebrón.

–¿Quién? –preguntó Tom.

–¡La Chica de la Tele! La hiciste sentir como a Mallory cuando salió con el mejor amigo de Alex en la universidad en *Enredos de familia*.

Tom se secó la sangre del labio con una servilleta de papel, pero no le devolvió el golpe. Sabía que se merecía ese puñetazo. Quizá no en su noche de bodas, pero se lo merecía. Todos los invitados formaron un corro en torno a Tom y a Chico Culebrón. Hipno supo que debía aprovechar la ocasión.

La Perfeccionista fue la única en darse cuenta de que Hipno avanzaba hacia ella. No le tenía miedo; conocía sus métodos, y él ya había empleado ese mismo método el día que se conocieron. Había entrado en la cafetería donde trabajaba ella y se había sentado solo en la barra, a mediodía, cuando más desbordada estaba por el trabajo.

–Un café –pidió Hipno. Agitó la mano frente a su cara y la hipnotizó.

La Perfeccionista dejó todo lo que estaba haciendo. Los platos de hamburguesas se fueron enfriando bajo las lámparas de calor mientras ella preparaba una cafetera expresamente para él. Llenó una taza y se la sirvió.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó la Perfeccionista.

–Eres una buena persona –contestó Hipno.

–¿Y?

–Querías darme un buen servicio.

–¿Y?

–Te he hipnotizado, pero no se puede hipnotizar a alguien para que haga algo que no quiera hacer ya de antemano. Yo simplemente le doy permiso para hacerlo –explicó Hipno. Golpeó el borde de su taza con la cuchara y la hipnotizó para convencerla de que, si se acostaba con él, sería el mejor polvo de su vida.



La Perfeccionista tuvo una intensa relación con él que duró tres meses y que ahora recuerda en estos términos: «El hecho de que te hipnotizase para convencerte de que los polvos con él eran los mejores del mundo no quiere decir que no lo fuesen realmente».

Lo que Hipno sentía por ella era algo mucho más profundo: cuando la abordó en el banquete de boda, aún estaba enamorado de ella.

La Perfeccionista se quedó inmóvil. Hipno había elegido el momento perfecto; un par de tipos se estaban peleando junto a la mesa de los cócteles de gambas. Si le montaba el numerito, nadie se daría cuenta. Hipno la abrazó y ella se dejó abrazar. Era el día de su boda y no necesitaba el permiso de nadie para hacer o dejar de hacer algo.

–Enhorabuena –susurró Hipno.

–¿Cómo dices? –preguntó ella.

–Enhorabuena –susurró él en voz aún más baja.

–¿Cómo? –volvió a preguntar la Perfeccionista. Como no oía nada, giró la cabeza para que su oreja quedase más cerca de la boca de Hipno. Él se acercó aún más y volvió a susurrarle algo.

El Oído fue el único que oyó las palabras de Hipno. Estaba en el cuarto de baño cambiándose los tapones de los oídos. Acababa de sacarse el tapón gastado y llevaba uno nuevo en la mano. Su capacidad auditiva estaba al máximo.

El Oído oyó la pelea entre Tom y Chico Culebrón y también a alguien susurrando con el ruido de fondo. «¿Te preocupa que no sea como nosotros?», alcanzó a distinguir el Oído. Reconoció la voz de Hipno, pero no sabía a quién le estaba hablando. La otra persona no decía nada.

La Perfeccionista no decía nada porque estaba pensando. Era la primera vez que se lo preguntaban, y cayó en la cuenta de que nunca se lo había planteado. Se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza.

–¿Qué ves en él? –preguntó Hipno.

–No... no lo sé –respondió la Perfeccionista. Sabía que quería a Tom, pero de repente ya no sabía por qué.

Al reconocer la voz de la Perfeccionista, el Oído salió a toda prisa del cuarto de baño. Intentó abrirse paso a través del gentío que rodeaba a Tom y a Chico Culebrón sin dejar de prestar atención a lo que oía.

–Sinceramente –oyó el Oído que susurraba Hipno–, yo creo que no ves nada.

–¡Perfe, no! –gritó el Oído.

Demasiado tarde. La Perfeccionista estaba hipnotizada y Tom ya se había vuelto invisible para ella.